

Conocida y reconocida desde la década de los setenta por sus trabajos sobre papel, tanto en dibujo y grabado como en técnicas mixtas, Susy Iglicki vuelve ahora a la pintura que ya había cultivado en los años ochenta. Si bien existe un parentesco ineludible entre aquellas obras sobre papel y estas nuevas sobre tela -una misma estética del rigor, la contención y la sutileza- éste no remite meramente a una pintura realizada ocasionalmente por una dibujante-grabadora, como una especie de divertimento sin mayores compromisos.

Al contrario, se afirma una personalidad artística reflexiva e introspectiva, que no sólo se ha apropiado de los recursos formales (dentro de la riqueza contemporánea de hibridación entre elementos pictóricos tradicionales y otros extra-pictóricos), sino que la artista está enfrentando sin retórica las sospechas que rodean a la pintura de nuestro tiempo, en una fase post-histórica y cuando su relación con lo real sigue siendo, sin embargo, un eterno e impostergable cuestionamiento, tanto del arte como de lo real.

En este sentido, **el título que Susy Iglicki ha escogido para su más reciente serie: Paisajes interrumpidos, arroja luces sobre una intencionalidad que tal vez la pintura misma no entrega del todo, haciendo suyos el juego de la artista entre lo consciente y lo inconsciente, lo oculto y lo revelado.**

**En un primer acercamiento, no se hace presente el paisaje, pues se trata de una pintura abstracta, que recurre a un vocabulario de espíritu minimalista, o en todo caso limitado adrede y riguroso: cuadrados, triángulos y sus variantes, líneas rectas, superficies planas. Nada que pueda sugerir siquiera un proceso de abstracción mediante el**

**cual unos elementos naturales previos se verían sometidos a la geometrización como una búsqueda de lo esencial.**

**Luego se perfilan unas discretas líneas curvas, unas formas ascendentes, sugeridas y a la vez macizas, y así surge, más como símbolo que como representación directa, la montaña, ese Ávila que define al paisaje en la pintura venezolana y que a principios del siglo XX protagonizó su entrada en la modernidad, la ruptura con el pasado académico. De la misma manera aparecen flores que, más que la naturaleza en sí evocan patrones de ornamentos: flores codificadas, que ya han pasado por una metamorfosis, que pertenecen a un orden artístico.**

Así es como entre lo visible (en lo real circundante) y lo pictórico se ha ido inmiscuyendo una suerte de eslabón, una “segunda naturaleza” que alude todavía a la primera al tiempo que la soslaya para dejar la representación en una zona intermedia, difusa, oculta tras la geometría. Se consumió una ruptura entre lo real y el ilusionismo, en cuya continuidad se fundamentaba la pintura clásica. Pero, en otro nivel, ahora conceptual, Susy Iglicki se sigue rigiendo sutilmente por la albertiana idea del cuadro como una ventana abierta hacia el universo, como bien lo revela la abundancia de formas ortogonales en su pintura. Este universo que, para ella, no es sólo el de las formas visibles en la naturaleza (la flor, la montaña) sino también el de las formas artísticas y, más allá, el de la racionalidad geométrica que permite reordenar los anteriores.

Sin embargo, la artista no se conforma con inscribirse en la tradición de la pintura, ni con ampliar al arte mismo la naturaleza del arte, sino que

problematiza su propio planteamiento al introducir en un discurso aparentemente constructivo unos elementos “disfuncionales”, impuros, como actores de ruptura, fragmentación, que vienen a alterar el orden: líneas que se quiebran, que “interrumpen”, texturas en relieve que rompen con las superficies planas, caligrafías indescifrables que tienden a expandirse fuera del marco (fuera del control). Incluso los motivos florales con sus sinuosidades contribuyen a esa deconstrucción.

**A través de esa mirada transita entre la naturaleza, el arte y la naturaleza del arte, Susy Iglicki, desde un lenguaje muy personal, incluso íntimo, se conecta con una significativa corriente del arte venezolano contemporáneo que reivindica y a la vez cuestiona nuestra tradición geométrica, sello de una modernidad que pervive y se transforma.**

Federica Palomero/julio 2009